

Casi mediados de junio. Soleado. En la entrada del mercado un guardia con camisa militar. Números de dos cifras en los portales. Los locales comerciales junto al mercado atrancados con hierros. En el mercado un sumidero y una boca de riego con un caño. Tres mujeres llenan de agua bidones blancos de cinco litros. Otras mujeres forman un grupo abatido y miran a la jefa, que las provee de trapos, escobas y cubos. Nosotros, Nikola, el pianista, el que entregó dinero, pero todavía no está a salvo, el comandante y yo, nos acercamos a la barbería. Un blindado hacia la Zagrebačka. El jefe nos hace torcer hacia el río.

Atentos, arrimaos a los edificios. Para los francotiradores cualquier objetivo es bueno. Ayer un hombre cayó mientras intentaba coger un diente de león. Y está en el hospital de Kasindo, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Nosotros uno detrás de otro hacia los últimos edificios antes del río. Tilos entre los pabellones. Delante de la entrada, el comandante lanza al suelo un saco que contiene un centenar de sacos de yute vacíos. Hay que llenarlos con tierra y llevarlos a las posiciones. En los sacos pone UNHCR. El economista informa de que allí está también su piso. Del portal sale un hombre que ronda los cuarenta, con boina gris y chaleco antibalas, una pistola en la cadera y en la mano izquierda un fusil de asalto con un cargador adicional pegado al arma con cinta adhesiva. El comandante intercambia saludos con él y pide palas. Luego entran juntos y regresan con tres herramientas. El jefe nos indica dónde cavar.

Dos que caven, dos que carguen la arena y luego los llevaremos. Yo también echaré una mano. Tú, Nikola, lo que puedas.

La tierra dura. El comandante con dos botellas de plástico. Dice, sin comida todavía se puede, pero sin agua imposible. Para nosotros en Herzegovina el agua es el mayor tesoro. Los genes tienen memorizados cientos de años que no conocemos, pero sí sentimos.

Del portal sale un hombre de baja estatura con un fusil semiautomático. Carga con el arma como si fuera un cuerpo extraño. Cabizbajo. Malhumorado. Un jersey sobre los hombros. Un actor conocido. Nos ve y reconoce a nuestro experto en economía con experiencia en el mundo árabe. Le hace señas y se aproxima.

Por dónde andas, Nikola, tenía la esperanza de que hubieras logrado marcharte.

Se abrazan. Se sientan en el bordillo de la acera.

La gente que yo conozco no está ahora en posición de ayudar a otros. ¿Qué pasa con tu hijo?

Está aquí conmigo. Ojalá pudiera mandarlo con mi familia, entonces no estaría preocupado. Y que fuera lo que Dios quisiera. Al fin y al cabo, yo he vivido lo mío y he conseguido algo. Ahí tienes tres cajas de zapatos llenas de papeles, ese es mi libro *Gluma*, es decir, el arte de actuar, que me gustaría dejar como legado. Y que mi hijo consiga salir de aquí, no pido nada más. No es más que un crío, no tiene nada que ver con esto.

Mira hacia nosotros. Yo lo escucho apoyado en la pala. Entonces se da cuenta de que yo también soy un crío en medio de esta locura de adultos inmaduros. Le da pena todo el mundo, pero ni siquiera puede salvar a su propia gente. Cuando asoma del edificio alguien con fusil todos miran al suelo y cavan. El actor sujeta el arma en el regazo.

¿Llamaste a Koljević? ¿No ha trabajado él contigo en algo en la Academia?

Bah, fui a verlo. También Mira lo está intentando a través de cientos de personas, acude cada día a Lukavica y a Pale para sacarnos.

Saca cigarrillos. Ofrece a todos, incluso a nosotros sentados a la sombra. Con la otra mano manosea el borde de un saco. Reúno valor y le pregunto si tiene la sensación de haber visto todo esto, y este río, y esta gente, y todo.

Ay, hijo mío. ¡Yo he disparado contra Sarajevo! Qué quieres que te diga.

¿Y eso?

¡Nos llevaron a algún lugar de Vraca, repartieron fusiles, señalaron al Loris y ordenaron disparar! Y yo en su día me compré un chándal precisamente en la tienda de la esquina de ese edificio. ¿Te acuerdas de esa tienda?

Sacude la ceniza del cigarrillo. Toma un trago de agua y frota con la mano el orificio de la botella. Resopla.

Siempre he tenido pesadillas. Ahora veo por qué. Pero uno no es capaz de imaginarse el mal. Por eso la gente en estas situaciones se queda, porque les traiciona la imaginación. Lo único que el hombre tiene para enfrentarse al mundo es la imaginación. Y no hay imaginación sin el arte. Ya ves, tienes más o menos la edad de mi hijo, quizá incluso os conozcáis. Os han arrancado de vuestra vida urbana, mundana, y os han obligado a hacer cosas que uno nunca sospecharía que va a hacer. Y esta película y la escena del río que mencionas son famosas. Por lo general la gente se acuerda de mí como el Gafotas, o dicen, ojalá se muera, debido a la otra escena famosa de esta película. La escena en la que estoy sentado solo en la orilla del río, está escondida con bastante arte. Gracias por habérmelo recordado mientras miro este horror que no he dirigido y en el que no he aceptado actuar. Y si sobrevivo

no actuaré en ninguna película sobre esta guerra, si esto es una guerra, porque nunca se podrá rodar ninguna escena verdadera sobre todo esto.

Se acerca uno, agacha un poco la cabeza en actitud protectora como si su coronilla fuera el único objetivo posible de un francotirador, lleva un mono negro y un fusil con mira telescópica. Cuando ve al actor, lanza el grito que evoca a los personajes de la película *¿Te acuerdas de Dolly Bell?*

Este le quita importancia con un gesto de la mano y mira al frente.

¿No puede hacer algo por ti el director de esa película, ya que es tan famoso? ¿Puedes contactar con él de alguna manera? Al parecer se entiende bien con Milošević. Tiene mucha comprensión por el bando de aquí y ninguna por el otro. Si pudieras llegar de alguna manera a él.

Quita, quita, aunque pudiera hacer algo nunca se lo pediría. Yo no puedo ni quiero renunciar a Sarajevo. Él se entiende bien con Milošević, no conmigo, y no quiero que gente así me salve la vida.

Pues también Koljević es así.

Cierto. Koljević, amigo mío, es Macbeth y Ricardo III a la vez. O quizá el que los manda a todos es Ricardo y Claudio, y cualquier miserable que ya tiempo atrás ha sido descrito y comprendido. No obstante, a él le pido ayuda porque no tengo otra. Él es la autoridad y acabará en la horca por todo esto. Ha enloquecido por completo. Hace unos días por fin conseguí llegar arriba y solicité que me recibiera, esperé con mi petición en su gabinete. La jefa de gabinete, una cretina arrogante. Y él también muy frío y soberbio: ¿Quién se quedará?, ¿quién salvará a este pueblo si toda la gente culta se marcha? Eso me preguntó. A mí me salió a la primera, aunque enseguida me di cuenta de la metedura de pata, que a pesar

de todo preferiría dedicarme a mi trabajo. No veas cuando empezó a increparme. ¿Qué trabajo es más primordial que este? ¿Qué puede haber más importante?, nosotros estamos creando un Estado para vosotros y vosotros queréis dedicaros a vuestro trabajo. Vamos, le dije, no quería decir eso, sino que yo sería más útil en un teatro, encima del escenario. Justo era lo que estaba esperando para rematarme con Shakespeare, y dice, todo el mundo es un escenario, y todos los hombres y mujeres son meros actores; tienen sus salidas y sus entradas. Haz el papel de un hombre valiente, dice menospreciándome, y útil a su pueblo. Ese es, dice presa del fervor, el papel esencial para cada uno de nosotros. Y continúa con que sus libros y discursos no son nada en comparación con sentir por un instante que sirve a su pueblo en los grandes momentos históricos.

¿Y qué le contestaste?

Yo me sentía como un niño al que su maestra regaña. No pude decirle nada y tenía mil cosas que me hubiera gustado replicarle. ¿A qué pueblo sirves tú así, por favor? ¿Acaso crees de verdad que puede salir algo bueno de todo esto? Pero me callé, nada de lo que dijera iba a ayudarme, por eso volvía una y otra vez a que soy actor, físicamente débil, que puedo ser útil a través de la cultura... Hice el papel del bufón, ¿qué más podía hacer?

Todos interpretamos el papel del bufón porque ha llegado el tiempo en el que son los bufones y los maniacos los que mandan y nosotros fingimos no ser de aquí y les rogamos que nos suelten, nos humillamos y huimos. No deberíamos haberles permitido hacerse con el poder, no deberíamos haberlo hecho. Pues ¿adónde se ha ido, tío, aquel Sarajevo, aquella gente, aquella vida que parecía radiante, eterna y buena y hecha para el hombre? ¿Adónde?

El actor mira al suelo. Hace con la mano un gesto de resignación. Se ha apoyado en el fusil, cuyo cañón señala al cielo veraniego sobre los edificios verdosos y marrones. Los contenedores apestan. Tres de paisano, sin mirar a nadie, se tapan la boca y la nariz con las camisetas, y con palas echan la basura a los agujeros excavados. El actor le da al economista unas palmaditas en el hombro y se aleja despacio hacia el portal del que ha salido. El pianista susurra que habría que anotar todo esto. Esto basta para una película y un libro y quién sabe qué más. Yo asiento. Él me señala con un dedo y hace un gesto como si escribiera. Yo inclino la cabeza en señal de aprobación.

Luego llevamos los sacos apilados, siempre un saco de dos en dos al tercero. Azulejos grises en las escaleras y pintadas de los hinchas: FC Željezničar 1987. Los pisos delanteros vacíos, perforados de balas, calcinados y silenciosos. El edificio de la Facultad de Ingeniería Industrial agujerado y quemado y los árboles frondosos cerca del río. Junio. Las paredes interiores acribilladas y por los boquetes asoman treintañeros sujetando los cañones de ametralladoras pesadas y fusiles de asalto. Tras ellos cajas con munición. Nosotros introducimos el saco y lo depositamos detrás del muro. Uno de los tres en el tercero, lleva boina y barba de cuatro semanas, nos lanza una mirada furiosa. Luego golpea al músico por delante en la clavícula con la culata de madera y le hace caer de espaldas. Viene hacia mí y me alcanza con la pesada bota en la cadera derecha. Me cubro la cabeza y a través de las manos veo su cara deformada y los dientes cariados. Grita, ¡matar y degollar! Me da una patada más en el otro lado sujetando el fusil con la culata hacia mí. Otro tipo lo tranquiliza, dice: Aco, déjalos, no ves que este es un crío.

¿Qué crío?

Está a punto de darme otra patada, yo me agacho un poco. Oigo al comandante entrar corriendo y gritar, ¡déjalos, déjalos! allí tienes a los turcos verdaderos, vete por ellos y golpéalos, pedazo de bruto. Este se vuelve hacia él, intenta apuntarle con el fusil, se enreda con la correa, otros dos de la guardia lo sujetan y apartan.

¡Llévatelos!

Rápido.

Nosotros tambaleándonos por las escaleras, el de arriba grita, los conversos son peores que los turcos. Musulmán converso, te degollaré con ellos.

Maldice a todos los traidores. El comandante señala que sigamos caminando hacia el mercado. Todavía sujeta la pistola en la mano derecha. El sol muy alto sobre el barrio. Nikola suelta la pala, sale del agujero que habíamos cavado y nos sigue jadeando. El humo de la basura quemada flota alrededor de los edificios.

En la barbería, el jefe explica que acaba de salvar en el último momento a su gente. Pide a su interlocutor que se castigue al que ha atacado al pelotón de trabajo. Este le argumenta algo y el comandante vuelve a exigir, ahora alzando la voz, ley y protección para su gente y un Estado que se fundamente en la justicia y en la fe en Cristo y no en golpes a gente desarmada.

En el mercado cinco mujeres se abastecen de agua del caño de la boca de riego. En un puesto una mujer de unos cincuenta años, vestida con blusa negra y una falda larga de varios colores. Delante de ella un montoncito de patatas, unos manojos de perejil, una veintena de manzanas birriosas y varias zanahorias con rastros de tierra. El jefe indica que nos sentemos delante. Pasan cinco mujeres con escobas y cubos hacia las oficinas municipales. Una que ha sobrepasado los

cincuenta vestida como para limpiar casas nos saluda con un qué tal, compañeros. A mi lado el pianista. Dice muy bajo y sin mirarme que sus probabilidades de salir de aquí son mínimas y las mías quizá un poco mayores porque estoy solo. Y él ya ha visto de todo igual que yo. Pero el problema ni siquiera es haberlo presenciado, porque estos tipos no se cortan, sino que al parecer alguien ha reparado en su edificio. Y eso no es bueno. En cualquier momento puede acordarse e ir también por él. Matar a sus padres, arrebatárle algo, pedir un rescate, y eso que él no tiene ni para pan. Nunca ha trabajado de verdad. Lo poco que se ganaba tocando en los cafés. Por lo demás, practicaba y buscaba una oportunidad. No tiene ni familia propia, ni hijos, ni a nadie que lo rescate o lo reclame. Y, según tiene entendido, yo tengo a mi padre que intenta recuperarme y la probabilidad de que lo logre es mayor cada día. De manera que apunte y memorice todo lo que sucede en Grbavica. Que no resulte luego que nosotros solo lo hemos soñado. Como ahora nos parece que la vida corriente, normal, no era más que un sueño.

¿No es así?

Más o menos.

Que yo me entere de lo que él sabe y lo cuente como sea en algún lugar si salgo de esta. Aunque espera que tanto él como yo tengamos una larga vida. Es lo único que podemos hacer, sobrevivir como sea. Pero ya que estamos, quiere contarme, ahora que nadie nos escucha, algo de lo que ha oído y visto en este último mes desde que comenzó todo. Y que yo lo anote cuando tenga oportunidad y nadie me lo pueda encontrar. Él también escribe y memoriza. Si somos varios, será más fácil transmitirlo. Que luego venga alguien para vengarnos si no estamos. Que no pase todo así sin más. Resopla. Un tipo armado con ropa de paisano pasa en dirección a la carnicería.

Lleva el fusil con el cañón hacia delante y él también agacha un poco la cabeza.

El sujeto se aleja, las mujeres han desaparecido en las oficinas municipales, el jefe dentro sentado en una silla. La mujer del puesto rocía las zanahorias y el apio con gotitas de agua que tiene en una botella de lavavajillas.

En su vecindario ha irrumpido, me habla en voz baja mirando al suelo, ese que llaman Bulgaria. Última hora de la tarde, nadie en la calle. Se detiene un Golf blanco. Bajan tres tipos. Empiezan a dar culatazos en la puerta. Gritan. Según lo acordado, salen primero dos vecinos serbios. Los apartan a empujones. En el tercero una familia, la mujer embarazada, una hija pequeña de tres o cuatro años. El padre de la mujer, jubilado. Su marido ha logrado huir unos días atrás. También lo habían llevado al Digitron y molido a palos; a través de un contacto lo soltaron y trasladaron al otro lado. Supongo que alguien lo comunicó a los del Digitron. Se presentan como buscando armas. La mujer bastante guapa. Al padre le dan una paliza de inmediato. El hombre cubierto de sangre. Nosotros en el piso de enfrente los oímos. Golpes sordos, tienes la sensación de que los huesos estallan. Probablemente se desplomaba y tenían que levantarlo. La mujer les ruega que lo dejen. ¡Cómo que dejarlo!, ¿dónde está tu marido? Aúlla, tiembla el edificio entero. Los otros dos como que intentan calmarlo un poco. Ella suplica que deje a su padre, que vea que está la niña, que está embarazada. Venga, dice él, vamos a ver si llegamos a un arreglo. Luego silencio. El padre probablemente tumbado en el suelo, no se oye nada. Nosotros encogidos, no te atreves ni a moverte. También han desaparecido los dos serbios del portal. Los que lo acompañan pasean por las escaleras. Dentro se oye chillar a alguien, la niña rompe a llorar, luego silencio. Diez minutos más tarde se cierra la

puerta sin más. Pasos escaleras abajo. Fuera intercambio de gritos, risas, uno grita a voz en cuello, tío, eres el colmo. Luego otro grita ¡Serbia, Serbia! El coche arranca, se van. Pero nuestro miedo sigue presente, no eres capaz de moverte. Espero un rato por si acaso se ha quedado uno a ver si alguien sale. Mi madre se asoma y cruza al otro piso. El hombre inconsciente. Me llaman para que me ocupe de él. Yo lo rocío con agua, le doy un masaje con aguardiente hasta que vuelve en sí. Le doy agua azucarada. No es nada, le digo, él destrozado, el labio superior partido, moratones, ensangrentado, medio inconsciente, pregunta, dónde están ellas. Están aquí, digo, todo está bien, los hombres se han ido. Mi madre en la otra parte con ellas, consolando a la mujer, me advierte que no entre, le lleva agua y apósitos. La niña llora silenciosamente. A duras penas traslado al hombre a la cama, le preparo un té, no sé qué hacer, vomita, llora, pide ayuda, llama y al final se tranquiliza. En la otra habitación solo oigo que mi madre consuela y calma a la preñada, diciéndole que todo saldrá bien. Y eso que nos tememos que los otros puedan volver en cualquier momento. Casi medianoche, yo en duermevela en el piso ajeno, cuando se presenta uno de los vecinos, hace tiempo que se ha unido a la lucha armada, pero es correcto. Dice que mañana los pasará al otro lado. Nosotros nos vamos enseguida a casa, la mujer al parecer un poco más tranquila. Mi madre me cuenta que la ha violado delante de la pequeña, la cría chillaba, se quedó sin voz, y cuando la mujer comprendió que no había escapatoria se aguantó, solo para salvar a la niña. Por la mañana cuando nos asomamos, silencio. El vecino había pegado en la puerta una simple hoja de papel cuadriculado de un cuaderno con su nombre escrito en cirílico. Más tarde llamamos quedamente, nadie contesta. Ojalá nos hubiera recogido también y llevado al intercambio, yo hubiera renacido, es lo que me parece. Mi

padre se marchita, se sienta delante de la ventana y mira obtuso. Siente vergüenza, y cuando encuentra palabras dice que le gustaría irse de este mundo, y que ni siquiera ha podido hacer algo por su hijo, por mí, haberme sacado de aquí a su debido tiempo. De repente empieza a disculparse. Papá, hombre, qué te pasa, yo lo critico por su apatía. Lo único que quiere, farfulla a veces, es despertar de esta pesadilla.

El músico se palpa la clavícula, dice, esto no es nada. Si cada día me apalearan una o dos veces así, pero yo supiera que eso es todo, ningún problema. Lo peor es esperar por la noche que alguien golpee la puerta. La noche es el enemigo.

En la calle un hombre con traje azul. De baja estatura. Nos da la espalda. El músico susurra que es él, el Bulgaria, no puede ser otro. En la mano un bate de béisbol. Se gira como si controlara el tráfico. El comandante sale de la barbería y nos indica que vayamos con él. Dentro un escritorio, detrás la bandera con las letras y las líneas en forma de cruz, contra la pared dos sillas de oficina desvencijadas. Nuestro jefe mira fuera y nos comenta lo que pasa.

Para a un hombre. Este saca del bolsillo algo, un papel. Le indica que no entiende, levanta una mano señalando hacia una ventana, seguramente dice que vive allí. El Bulgaria agita el bate. Se lo lleva a algún sitio en dirección al mercado.

El jefe entonces sale diciéndonos que no nos movamos. Nos acercamos a la puerta y oímos que alguien grita, así que no tienes, no tienes, ¿eh?, pero la respuesta no llega. Aparece uno con vaqueros y camiseta negra, el rostro ensangrentado, y se tambalea. Lo sigue el del traje azul empujándolo con el bate hacia la calle del trolebús. Como nos dan la espalda, nos atrevemos a echar un vistazo. La calle Lenjinova desierta. El comandante vuelve. Calla. Se sienta, se seca la frente y saca un cigarrillo. Viene también otro que se ocupa de trabajos

forzados y trae una *džezva*, dos tazas y una botella pequeña con dos copitas en una bandeja de metal que deja en la mesa. El comandante resopla y dice que no tiene ganas de nada. Luego se levanta y añade, vamos primero a llevar al chico a casa. Ya casi ha terminado la jornada. El músico dice que vive cerca, solo tiene que cruzar la calle Bratstva i jedinstva y que tal vez lo deje primero a él, solo tiene que pasar corriendo junto a la carnicería. El jefe acepta de mala gana.

No se preocupe, no es ningún problema.

Salimos del mercado por el pasaje al lado del kiosco quemado. El pianista nos hace una seña y cruza corriendo protegido por los parapetos y barreras de hormigón. Al meterse en la calle Marijana Baruna, se vuelve y agita una vez más la mano gritando, nos vemos mañana, y se dirige a su portal. Nosotros de vuelta por la Lenjinova junto a la escuela. Aquí y allá una ventana abierta con las cortinas que se mecen. Silencio alrededor del edificio. Delante dos con uniformes del Ejército Popular Yugoslavo. El comandante los saluda. Ellos contestan con reservas. Un centinela delante de la facultad. Dos hombres mayores en los locales jugando a las cartas. Les pregunta cómo están, si ha venido gente buscando algo o si se han llevado a alguien. No. Sube conmigo por las escaleras. ¿Dónde vive la vecina? Le señalo la puerta en el primero. Llama. Ella pregunta quién es, suena preocupada. Abre atisbando detrás de la puerta mientras sujeta la cadena. Me sonrío. El jefe intenta convencerla de que ha venido conmigo para ver a esta belleza de nombre bonito y todavía más bonito apellido y recta alma juvenil. Aparece también la abuela y le ofrecen un café. Vacila. Al final entramos los dos. Ha colocado en la mesa una botella con tres vasitos mientras la nieta echa más agua al café recién hecho. Se habla de lugares de origen, de los pueblos entre las ciudades de Gacko, Bileća y Trebinje, luego del valle del río Neretva, de los buenos tiempos, del

historiador famoso de la familia que sobrevivió casualmente a aquella guerra y se quedó para aleccionar a su pueblo sobre el pasado, de Dios, que mira a un hombre que se ha vuelto salvaje y no ve que es únicamente polvo y sombra, de los buenos tiempos que quizá, solo ahora se ve, eran un poco paganos, pero mejores que estos, en los que todos apelan a Dios pero hacen el mal. Entonces intentan encontrar una solución también para mí, que la situación es tal que justo después de haber sufrido lo de mi madre, ahora mi propia vida pende de un hilo. El comandante les asegura que mi supervivencia está ligada a la suya, que hará lo que pueda para trasladarme allí donde estoy más seguro y donde está mi padre. Pero él, lo admite, no conoce a la gente que se dedica a eso y cuando pregunta por ellos todo el mundo piensa que quiere denunciarlos, ya que no para de decir que quiere denunciar todo ante los dirigentes honrados, si es que existen, o él solo se los ha imaginado al desear a su pueblo el bien y un Estado que los proteja de los nuevos campos de concentración como era Jasenovac y de las fosas comunes. Fuera se acalla un tanque y cantan los pájaros en los árboles detrás del edificio. Pregunta cuánta gente hay en el edificio y cómo viven. Las anfitrionas le ofrecen comer algo, pero el comandante se levanta, me da unas palmaditas y se marcha deseando una noche tranquila y agradable y que todo nos vaya bien. También yo a mi piso. La invito a que venga a charlar un poco. Ella me da una olla de agua caliente. Me dice que se vestirá para darme una sorpresa. En el piso solo entorno la puerta y escucho los ruidos. Al cabo de dos minutos a la bañera y cuento los segundos bajo el agua caliente. Cuento veintiséis. Me parece oír por un instante pasos pesados en las escaleras. Solo pájaros y luego un disparo desde los edificios rojos y movimiento del tanque en la vía rápida. Pasos ligeros.

¿Tienes algún cuaderno viejo, una agenda?

¿Para qué? Si encuentran que escribes algo, será peor.

¿Algún cuaderno en el que ya tengas cosas apuntadas en ruso?

Tengo una agenda que he utilizado en el último curso, solo he llenado unas pocas páginas.

¿Me la das?

Mañana por la mañana; de todos modos, ahora reina la oscuridad.

Y las tinieblas. Oscuridad y tinieblas.

Los pasos se pierden en el primero. Yo me cubro con la manta.

Casi las seis cuando me doy la vuelta y calculo que me queda al menos una media hora. Junio se acerca a la mitad. Sábado.

La agenda en la que pone Vranica Sarajevo tiene tapas marrones y calendarios de 1981, 1982 y 1983. En su interior una veintena de páginas llenas de esmerada letra femenina en la que se reconocen los caracteres rusos, las tablas con los cambios y las declinaciones escritas con bolígrafo azul y negro. Sirve té y deja delante de mí un plato con pan casero untado con margarina Buenos Días.

¿Qué te parece si escribes cada poco una página en ruso y yo entre ellas?

Tú escribe y cuando acabes yo añadiré alguna página. Que se quede conmigo, no lo leeré, lo prometo. Cuando vayas a trabajar, yo lo guardo entre mis libros.